MUNDO DE LIBROS

Estudio descriptivo de los monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba ó sea La Alhambra, el Alcázar y la Gran Mezquita de Occidente

RAFAEL CONTRERAS

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

Estudio descriptivo de los monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba ó sea La Alhambra, el Alcázar y la Gran Mezquita de Occidente

Rafael Contreras

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

ESTUDIO DESCRIPTIVO

DE LOS MONUMENTOS ÁRABES

DE GRANADA, SEVILLA Y CÓRDOBA

Ó SEA

LA ALHAMBRA, EL ALCÁZAR

Y LA GRAN MEZQUITA DE OCCIDENTE

POR

RAFAEL CONTRERAS

RESTAURADOR DE LA ALHAMBRA

ACADÉMICO É INDIVIDUO DE LA COMISIÓN DE MONUMENTOS

TERCERA EDICIÓN

CON GRABADOS Y PLANOS

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ

Calle de Cedaceros, núm. 11

1885

ESTA OBRA ES PROPIEDAD DE SU AUTOR

ADVERTENCIA

Después de habernos ocupado durante treinta y siete años de restaurar los singulares arabescos de la Alhambra, de revelar inscripciones perdidas, y de restablecer el monumento que se hallaba casi hundido, al estado característico de su notable antigüedad, pensamos reasumir en un pequeño libro el fruto de nuestras investigaciones y descubrimientos, bajo forma más artística que la usada por los que nos precedieron en descripciones de índole semejante.

Quisimos también acompañar á nuestro trabajo, las noticias históricas que sirven para embellecer siempre las artísticas lucubraciones; pero son tantas y en tan copioso número las que se han hallado, especialmente de los autores árabes, que para no hacer este libro demasiado largo y tal vez confuso, resolvimos publicarlas en tomo

separado, y utilizar en éste tan solo aquello que podía dar á conocer mejor los monumentos y sus pequeñas ilustraciones; habiendo tenido el disgusto de ver algunas de éstas reproducidas sin nuestro consentimiento, en otras obras que se han impreso y publicado.

Puede ser que en algunos casos encuadernemos con esta edición apéndices muy breves que traten de los monumentos cristianos y aun de otros más antiguos, para que sirva á los viajeros de guía descriptiva; pero en este caso, conviene advertir, que nuestro principal intento fué siempre hacer la comparación de las obras árabes, relativas al más importante período de la dominación agarena en esta parte de la Península y dejar el estudio de las obras cristianas y paganas, quizá menos interesantes entre nosotros, para ocasión más competente.

Concluiremos haciendo una indicación sobre la dificultad que ofrece ocuparse de objetos con apelativos árabes, y fijar á estos nombres la más adecuada trascripción al castellano; pues hemos hallado aun en autores de nota, tales divergencias ortográficas, que se hacía imposible en un mismo significado con distintas ó parecidas palabras, fijar el valor de las letras arábigas, cambiado según la procedencia árabe, mudejar, ó extranjera de la traducción, sin que la tradicional costumbre de nuestros cronistas y poetas pudiera darnos una clave segura, que ellos ciertamente no usaron en absoluto. Resultando de aquí que muchas palabras han sido escritas en dos ó más formas, según la procedencia de la cita, tiempo de su inserción ó idioma á que fueron traducidas, lo cual podremos ir remediando en nuevos estudios y ediciones sucesivas.

DEL ARTE EN ESPAÑA

INTRODUCCIÓN

I

Dijo Buckle[1] que la más interesante crónica de todas las naciones cultas, y la que no debe olvidarse jamas, es la del pueblo español. Con efecto, grande y poderoso era éste cuando el resto del mundo se ardía en guerras feudales y religiosas. Libre, y con instituciones representativas durante el revuelto período de las ambiciones dinásticas, en nuestra patria se han ensayado las leyes más justicieras é igualitarias, se han llevado á cabo las más lejanas y venturosas conquistas, y se han adelantado pasmosos descubrimientos, que no han podido borrar desastres espantosos y fatales preocupaciones.

Conserva nuestro suelo las raíces secas y quebrantadas de los múltiples trabajos de la humanidad en todos los tiempos y civilizaciones; y las diversas razas que lo poblaron han impreso el sello de sus obras en las cien generaciones que se han mezclado y comprimido durante treinta siglos con caracteres tan distintos, que todavía existe en nuestras provincias por un lado el espíritu aventurero y nómada de los primeros colonizadores, por otro la altiva independencia de los ilustrados mercaderes griegos y africanos, y en todas partes el dulce y tranquilo genio de las artes. Por el centro de la Península, pastores y honderos independientes ponían límite á las conquistas, y en el Norte la rudeza indómita de los que habitaban los bosques celtíberos helada por la brisa de sus angulosas montañas.

Constantemente la fiereza, la pasión y el heroísmo, mezclados á esa pasmosa debilidad que dió tan inmensa fuerza á los agarenos para abatir las costumbres y leyes que había creado el palo y el hierro de los procónsules y de los conquistadores bárbaros.

Así, pues, entre nosotros se han iniciado todas las civilizaciones hasta el principio de su desarrollo, en el que parece que una atmósfera asfixiante las ha secado y empobrecido, viniendo siempre en pos del primer albor de la paz y de la dicha, el huracán de la destrucción y del aniquilamiento. La tradición, presentada siempre en un torbellino de pasiones y de sufrimientos, no ha sido respetada ni ha podido trasmitirse como ancha base de las instituciones modernas, para labrar nuestro porvenir, y hemos podido olvidar el carácter que imprimió la historia de la Reconquista al plantear la regeneración moderna.

Hegel nos ha asegurado, á la vista de esas grandes trasformaciones que experimentan los pueblos, que la inteligencia, el carácter, la pasión y la cultura se han reflejado siempre en las obras que dejaron labradas con sus manos ú ordenadas por su entendimiento. ¿A dónde ir, pues, para estudiar la historia más que á los eternos ó casi imperecederos frutos de las civilizaciones antiguas? El arte ideal que vino después del clásico y del simbólico tan hermosamente representado en la Península, nos ofrece ese constante genio que animó todas las empresas españolas, aquí donde la religión ha sido venerada, la ley inexorable, el espíritu intransigente, el culto irreflexivo, y donde se ha batallado durante ocho siglos sin más tregua que la necesaria para vigilar con astucia el costado vulnerable del enemigo. Nunca se ha roto el hilo de esta tradición caballeresca que nos ha dado un calificativo propio en el resto del mundo; y sin

interrumpirlo es como acaso podríamos desarrollar nuestra antigua grandeza, encadenando aquel constante modo de ser, con los adelantos de las ciencias, con los intereses modernos y con ese espíritu de los pueblos que pasaron, Iberos, Godos y Arabes, que flota todavía en una atmósfera de huracanes y de convulsiones.

Y en esta tierra clásica del sentimiento, donde parece que todo ha muerto, dejando el suelo sembrado de preciosas ruínas que los hombres no se cuidaron de contemplar, se conserva todavía el odio de raza ó espíritu vengador que destruye las respetables obras de la antigüedad, y que á cada agitación derrumba y aniquila todo con el ardimiento y barbarie de la desgracia y de la impotencia, sin cuidarse ni sentir el destino social del arte en los tiempos venideros y en las realidades que se presagian.

II

Conocidas son las obras de la civilización romana, y los vestigios que ésta dejó en la Península ibérica. No es, por tanto, nuestro propósito hacer aquí un estudio comparativo de esas magníficas obras, cuyos detalles se pueden estudiar mejor en otras comarcas del mundo antiguo. Su influencia entre nosotros nunca fué absoluta, y las grandes construcciones que sintetizaban el período romano, más bien habían degenerado en nuestro suelo por la influencia indígena, que crecido bajo el amparo de una absoluta dominación. Difícil es demostrar el carácter de nuestro pueblo en los primeros siglos del cristianismo, si no asimilamos sus costumbres y sus leyes á las de los colonizadores; una densa oscuridad lo hace impenetrable todavía á todo género de investigaciones históricas.

Por más que miremos con sorpresa las artes romanas de la Península, nunca inspirarían el afán de estudiarlas abstrayéndonos de la universalidad de las obras que levantó aquel poderoso pueblo. Con ellas desapareció el genio peculiar de los pueblos invadidos, y no podemos hallar durante ocho siglos testimonios bien caracterizados de la raza sometida. Fragmentos griegos de una degeneración marcadísima, instrumentos de labranza y armas, que se diferencian poco de las que se ven hoy de cobre y hierro en la costa oriental de África, inscripciones interrumpidas ó piedras aisladas con signos de carácter céltico ó hebráico, grandes vías legionarias; pero ningún dato que nos guíe desde estos descubrimientos á los muchos pueblos y monumentos que existían ignorados por la incuria ó indiferencia de los procónsules. No habrá quien se atreva á sostener que merezca una apreciación seria lo poco que conocemos de la civilización y de las bellas artes greco-romanas, manejadas por los artistas españoles, y bajo la influencia de nuestra antigua cultura en los tiempos llamados siempre heróicos. La decadencia fué siempre constante, y más todavía cuando vino el influjo de aquellas inmigraciones en los primeros siglos, que huyendo de Europa ante Suevos, Vándalos y Alanos, invadían el territorio y se mezclaban casi totalmente con los primitivos habitantes. El arte degeneró sensiblemente al caer en poder de errantes hordas que se cubrían el cuerpo de tejidos groseros y hacían sus habitaciones con las ramas de los árboles; y si bien poco á poco tomaron de los Romanos el lujo y costumbres, fué para empequeñecerlas y amenguarlas, notándose cuánto sus groseras obras carecían de belleza y privaban al arte de esas esbeltas, sencillas y clásicas formas, que con encanto poseen los monumentos labrados en Roma y Grecia ó en las colonias y municipios de allende el Pirineo.

Aunque citáramos los acueductos, puentes, circos, termas, caminos, urnas, miliarios, estatuas, vasos y joyas que se hallan en nuestro suelo á cada paso, el arte en España no fué el romano, ni el griego; uno y otro no se manifiestan más que como elementos de una civilización que transita y deja huellas en el granito, en los metales y en el mármol; otros tiempos y otras civilizaciones alcanzaron mayor éxito, sin llevar el signo cruel de la decadencia, y ellos son los que merecen fijar la razón de la historia y la filosofía del arte.

Cayó el imperio romano y quedaron sus leyes y costumbres sólo en las populosas ciudades que embellecieron: lejos de éstas, y apartadas de las vías imperiales, otras costumbres y hasta otros cultos se alimentaban en silencio. Vinieron los visigodos y se establecieron en sus palacios, en sus andrónitos y en sus peristilos, y la religión que aceptaron sin profundas convicciones, sostenida por misioneros que continuamente se contradecían, é impotente entonces como lazo social inquebrantable, no destruyó completamente el ara de los sacrificios ni las estatuas de los dioses paganos. Fraccionados los cristianos por herejías profundísimas, fué imposible una vigorosa propaganda; y relajado el estado moral antiguo, el arte no pudo hacer más que expresar el influjo de tantas opiniones contradictorias como agitaban á la cristiandad en los primeros siglos de trasformaciones y esperanzas.

Si Clodoveo, único monarca que en el siglo V profesaba de lleno las creencias católicas, no hubiera sostenido contra los pueblos visigodos la primera guerra religiosa que contempló la España, tal vez habría sido más difícil á los mahometanos llevar á cabo su pasmosa conquista; pero ocupado desde aquella lucha en el establecimiento del catolicismo, como religión nueva, el pueblo gótico que venía

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com